



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10088

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

MARTES 2 DE JULIO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

**M. LEONIE BROUTIN**

Modista de Sombreros de París  
Todos los días modelos nuevos  
PLAZA DEL REY, 16, PRAI.

## ALAMBIQUES

Aparatos para alcohol de 39 a 40º Id. aguardientes, 24 a 26º Id. anilados.  
Alambiques aguardenteros con colinas y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.  
Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.  
Fabricación esmerada y precios muy económicos.  
Prensas, azufradores, y cuanto concierne a la elaboración de vinos.  
Camilo Pérez Lurbe.—Castellón 12.

## TRATAMIENTO GRATUITO DE LOS ENFERMOS POR EL ESTADO.

De un interesante artículo que publica en su último número la notable revista «La España Moderna», vamos a tomar algunos datos para dar a conocer a los lectores de EL ECO las opiniones y trabajos realizados para el logro del fin que persigue la idea que encierra el epígrafe de estas líneas.  
El sistema científico de Alemania, entre sus numerosos proyectos, defiende con ardor el que hace referencia al pensamiento de que vamos a ocuparnos.  
La «New Zeit», órgano de aquella escuela, ha planteado y desarrollado el problema, acogido con entusiasmo entre los numerosos prosélitos con que cuenta el capitalismo en el poderoso Imperio, y la idea ha hecho su camino, de modo tal, que una petición, informada en la aspiración expuesta, que cuenta ya con 50.000 firmas, será probablemente discutida en las próximas reuniones del Consejo federal Su-

izo, pidiendo la adopción de la idea como complemento del art. 34 de la Constitución federal de aquel democrático Estado.

«Hay que suprimir—dicen los socialistas el pago de los honorarios reclamados por los médicos, transformando a éstos en funcionarios del Estado, y para conseguirlo hay necesidad de que sean gratuitos los cuidados del médico, los medicamentos, los casos de salud y los hospitales, pagando dotaciones fijas a los facultativos.»

Claro que para reconocer la conveniencia de tal medida, se han expuesto consideraciones y datos que parecen justificar su necesidad y conveniencia.

Aceptada la idea, la ponencia nombrada por el consejo federal, ha llegado a la conclusión, que es hoy tema de discusiones y origen de desacuerdos importantes, en lo que se refiere al sacrificio que supondría para el Estado la adopción de la medida que tratamos, pues mientras la ponencia, confiada a los Sres. Moser y Schmid, supone que ese servicio gratuito costaría a Suiza 34 millones de francos, médicos distinguidos afirman que la reforma sólo gravaría el presupuesto en 24 millones, de los que deducidos poco más de 8 millones que los cantones desembolsan actualmente para hospitales, quedaría solo, como nuevo gasto, algo más de 16 millones.

«Los cantones—dicen los patrocinadores de la idea—pagan los ministros del culto encargados de la cura de almas; la confederación—añaden debe pagar a los ministros de la salud corporal, repartiéndolos equitativamente en el conjunto del territorio y creando así una especie de parroquias médicas ó circunscripciones sanitarias.»

Hay que crear y dotar 1.500 plazas de médicos encargados de las funciones reclamadas por la adopción de la idea, y hay también que

pensar en la creación de los laboratorios federales, que surtirían a los necesitados de medicamentos mejores y más baratos de los que en la actualidad se expenden.

Y claro que al hacer esto, surge otro problema, que los autores del proyecto resuelven sin inconvenientes ni escrúpulos.

«¿Qué hacer de los actuales farmacéuticos, preguntan algunos?»

«Que pasen al servicio del Estado—se contesta—y el resto que se dedique honestamente a cualquiera otra cosa que no sea desollar a sus contemporáneos.»

Pero el nombramiento de médicos por el Estado, crearía una nueva clase de funcionarios que podrían fiar a su influencia la inmunidad en el incumplimiento del deber, y ante este temor, que entre nosotros resultaría hecho evidéntísimo, si hemos de juzgar por lo que con demasiada frecuencia ocurre en más pequeño círculo y en funciones parecidas a las de que se trata, se ha tenido también presente, haciendo que el pueblo elija a su médico para un período determinado de tiempo, como elige a sus maestros de escuela y a los pastores protestantes.

A los médicos no les ha parecido muy gracioso—dice el licenciado Puro Pérez—el último engendro socialista, y probando las refutaciones del Dr. Dind que sostiene que la adopción de la medida traerá de modo fatal la disminución del valor científico de la clase médica, y que ni aún los pobres querrán al médico a quienes tales funciones se confíen, el cual médico, por consideraciones que alega, resultará totalmente desacreditado.

Pronto nos hará conocer la práctica de parte de quien está la razón en este asunto importantísimo.

La idea del tratamiento gratuito camina con rápido paso. Rusia se preparará también a realizarlo en la ciudad de Watsk.

El pensamiento no puede ser más

simpático ni más noble y levantado el objeto que persigue.

«Responderá la práctica, ó será una nueva y bellísima idea cuya bondad no justifiquen la realidad de los hechos?»

DR. BLEYNDER.

## TIJERETAZOS

«La Unión Mercantil» da cuenta de un descubrimiento reciente hecho en Málaga.

Trátase de una cajetilla que en vez de estar llena de tabaco contenía cabezas de sardinas, papeles viejos y otras basuras.

Nosotros sabíamos que había cajetillas con sorpresas.

Pero no basureros portátiles ni basuras en conserva como el de que nos habla «La Unión Mercantil».

Felicitemos a la Tabacalera, pues bien lo merece por lo que hace para que aborrezamos el tabaco.

También de Málaga:

A una mujer que fue a pedirle a una vecina dos duros que le debía, le abonó la deudora una paliza a buena cuenta. Le está bien empleado.

«¿Quién le mandaba cometer la picaresca de pedir lo suyo?»

Dice un periódico: «La seguridad personal vale tanto como la salud pública.»

Por eso está tan desatendida la una como la otra.

«¡María Santísima qué mujeres! Dios las bendiga.»

Así comienza una carta escrita desde Marbella a un periódico de Málaga.

Sin duda es extranjero el que la escribe y pisará ahora por primera vez la tierra de la gracia.

Y nosaba que tratándose de esas mujeres que le entusiasman toda España es Marbella.

En Madrid se va a publicar un periódico que se llamará «El Tío Lucha».

Con tal nombre puede suprimir el programa.

Suponemos que estará escrito con palo.

En Niza ha sido robado un buque. Lo dejó su propietario en el puerto y al ir a buscarlo sólo encontró el sitio.

Estos ladrones son el diablo.

Cualquier día nos roban el aire respirable y nos ponen en el compromiso de tener que decretar la cesantía de los pulmones.

## NOTAS

Las noticias llegadas a esta ciudad por «La Correspondencia Militar», referentes a cómo son tratados los prisioneros huérfanos que presijó la horrible catástrofe del «Reina Regente», han levantado gritos de angustia en el alma de las madres, y tempestades de indignación en todos los pechos.

No podía ser de otro modo. Cuando creíamos que la vida de aquellos desdichados seres había entrado en condiciones de normalidad, y pensábamos que habían resuelto las vidas de los huérfanos el problema tenebroso que les planteó desde el primer momento la desgracia del 10 de Marzo, resulta que aquella normalidad era un mito y que el problema no está resuelto; lejos de eso se ofrece con caracteres peores que al principio y con resolución más difícil.

«La Correspondencia Militar» ha publicado una noticia que habla de explotadores de caridades. A juzgar por esa noticia; hay que poner en claro si la benéfica institución se hace cargo de los huérfanos para mantenerlos y educarlos ó para obligarlos a mendigar la subsistencia. Si es para esto último, bien estaban en sus casas los pequeños del «Regente», al menos si su desgracia los hubiera llevado a mendigar de puerta en puerta, la limosna recogida sería para ellos para sus hermanos y para sus madres, y no para los explotadores de la desgracia ajena.

La Institución Nacional de Huérfanos se anunció en esta ciudad con una comisión de sus miembros, a la que precedieron numerosos telegramas, firmados con nombres respetables, dirigidos a las redacciones de todos los periódicos, y una real orden del ministerio de Marina, autorizándoles para recoger los huérfanos.

Si no tenía asegurada su existencia

amente de cuidado, me retiré para conciliar algunos momentos el sueño. Serían las dos de la madrugada, cuando aun desvelado, sin duda por efecto de la agitación del día, me pareció percibir un ruido leve en el aposento del enfermo, é impelido de una extraña curiosidad, me levanté y me aproximé a la puerta vidriera que separaba mi cuarto del suyo. Antes de abrirle levanté un poco el visillo que la cubría, y observé al conde de Bonavides en pie junto a la cabecera del enfermo. Tenía en una mano una botella succionada, y en la otra un vaso con un licor oscuro, líquido completamente diferente del que el facultativo había recetado como bebida calmante, y que noté intacto aun sobre la mesa. Una expresión siniestra, inolvidable en el rostro de Bonavides, un quión con el vaso que tenía en la mano, despertaron en mí una espantosa sospecha.—No lo quiero—dijo la débil voz del herido,—tiene un gusto inaguantable.—Pues no hay más remedio que tomarlo—replicaba el conde—ó perder la vida.—Al oír esas palabras, instantáneamente se incorporó el pobre Valdeñores en el lecho, y se asió con avidez al vaso. Pronto de un justo terror iba a entrar presurosamente con el objeto de evitar lo que sospechaba, cuando fui impedido en mi intento por hallársela la puerta atanzada por la puerta que correspondía al

faz de un público, deseargei sobre el castillo de Valdeñores, una infame bofetada que indicara todas las consecuencias que le habían de seguir. A la mañana siguiente cuatro hombres que habían pasado rebujados los días mejores de su juventud, que hasta entonces habían estado unidos con los vínculos más sagrados de la amistad, nos reunimos en un sitio oculto para llevar a cabo un desafío. Ignorante Valdeñores mismo de las causas que lo motivaran ni él, ni su padrino Bonavides supieron jamás por lo que se batían. Después del curso de diez y ocho años, puedo con serenidad referir todo lo que entonces acaeció, y aunque espantoso lo que me queda que decir, con el corazón tranquilo puedo continuar su relato. Una bala certera salida de la diestra mano de Mendoza, hirió a Valdeñores en el costado derecho. Bañado en sangre le trasportamos en un carruaje a mi propia casa, por ser la más inmediata, y le prestamos todos los auxilios posibles.

Cerciorado Mendoza que era la herida grave, pero nada mortal, y de no hallarse en ningún riesgo la vida del paciente, dispuso su marcha para el día siguiente, entre tanto que Bonavides y yo instalados cerca del herido, volábamos a su cabecera. El médico nos había dado las más lisonjeras esperanzas, y en la noche de aquel día, seguro del restablecimiento del paciente, y no hallando motivo para

hospitalidad, se cobijaba, no un amigo, sino una serpiente tentadora que ingratamente pagaba los nobles sentimientos de la amistad.

Julian se levantó aserado.

Felipe lo obligó a que se volviera a sentar.

—No temas—dijo—la serpiente tentó, pero la mujer rechazó.

La virtud de esa mujer—ejemplar fue de tan elevada clase, fue tan noble, tan llena de abnegación, que encurrió en las profundidades de su corazón el vil abuso que de la noble confianza de su marido se había hecho, b ocultó a los ojos de todos el ultraje que había recibido. El hombre seductor que jamás recibiera una repulsa, que insaciable en sus conquistas no perdonara una sola derrota, se la juró y la prometió una completa venganza. Ciego su padre, le siguió otorgando los sentimientos amfáticos que un inico pago recibieran, y después de dos años de ausencia de Sevilla, acompañado del que había osado robarle lo que el hombre mas alta en el mundo, se presentó otra vez en la ciudad que había abandonado. Entonces, ya mas fuerte en su nuevo sistema de vida, ya no temeroso de dejarse arrastrar otra vez a la sonda que había dejado, las interrumpidas amistades se volvieron a reanudar, y felices una vez los despreciados amigos todo lo que habían sido durante los primeros días de nuestra gloriosa